

Mónica Castellanos

AQUELLAS HORAS QUE NOS ROBARON

El desafío de Gilberto Bosques

*A veces hay que salirse de la legalidad para
entrar en el derecho... ¿cuál derecho?, el derecho
que tienen los hombres a la libertad.*

Gilberto Bosques

Gilberto Bosques, mi padre, era de espíritu revolucionario. Siempre lo fue. Y mientras paso la mano por la cubierta de su escritorio de caoba, por el lomo seductor de sus libros, mientras escucho el apagado tic tac de su reloj, garabateo con su pluma fuente, miro esas fotografías de antaño y me doy cuenta de que finalmente se ha ido. Los recuerdos me asaltan como si el tiempo se hubiera suspendido y después, para mi asombro, dejara correr un año en un minuto, un lustro y una década en otro, una época en tan sólo unos segundos más.

Para reconstruir la vida y trayectoria política de mi padre desde sus inicios, mis hermanos, Gilberto, Teresa y yo, Laura, nos dimos a la tarea de conservar un vasto archivo con notas, cartas, fotografías, documentos, discursos y grabaciones. Tuve la fortuna de permanecer a su lado hasta sus 103 años de vida. Y tal vez por eso ahora se agolpan en mi pecho recuerdos que me compartió, hice míos y que, según el primer documento, datan del 20 de julio de 1892.

1. Tez de bronce y ojos de chocolate

Villa de Chiautla, Puebla. 20 de julio de 1892

Aquel miércoles —tan caluroso como son en Chiautla todos los días de julio— mi abuela María de la Paz Saldivar de Bosques, recostada en su cama de latón rodeada de azucenas y aferrada a las blancas sábanas, pujaba con ahínco los dolores del parto. Entre cada contracción aspiraba fuerte el intenso perfume de las flores recién cortadas, como si quisiera que ese aroma llegara también a los pulmones del que estaba por nacer. La gruesa trenza anudada en la nuca le formaba una corona que aumentaba la dignidad de su rostro. Había algo que brotaba de su interior y se transformaba en el tono sosegado de su voz, siempre humilde, prudente y atinado al brindar consejos.

Ella decía que ese embarazo no había sido como los anteriores, porque su vientre había crecido mucho más y las agruras que sufrió, según le explicaron, eran consecuencia de que la criatura de seguro vendría con mucho pelo. Seguramente será un varón, se ilusionaba ella, y eso rogaba a toda la corte celestial. Lo deseaba con todo el corazón. Y no podía ser de otra

manera, porque largo era el aguerrido linaje de los Bosques del estado de Guerrero y, sin faltar a la tradición, había que dar al mundo hombres que portaran el apellido. Como su suegro, el comandante Antonio Bosques, que había peleado honorablemente en la guerra de tres años contra la Intervención francesa y el imperio de Maximiliano, hasta aquel otro de sus antepasados, el muy respetado Franco Bosques, que había luchado al lado del cura Hidalgo a principios de siglo.

Esperaba, pujaba, confiaba y volvía a rogar que fuera un niño.

Aunque con todo y que en los embarazos anteriores tuvo las mismas emociones no por eso se desanimaba: la ilusión de saberse encinta, la espera que en los últimos meses se hacía eterna, las contracciones, el agua caliente, el corredero de gente, los pujidos y, finalmente, una niña, luego otra, y después una más. Y no es que no amara a sus hijas: las amaba con todo el corazón y se alegraba cada día con sus retozos e inquietudes infantiles, pero no perdía la esperanza de que algún día llegaría a tener en brazos a su niño.

Se lo imaginaba con vívida ilusión, ora recostado en su pecho, ora mientras corría por entre los pasillos de esa casa, heredada de sus padres junto con los recuerdos de varias generaciones y en la que ahora vivía con su marido Cornelio Bosques Pardo y sus tres hijas que, como todas las mujeres de la familia, esperaban ansiosas afuera del cuarto el anuncio que las dejaría conocer a quien tanta penuria había hecho pasar a su madre desde la concepción.

Para mitigar la espera, su esposo Cornelio se paseó a lo largo del pasillo —si se podía llamar así a esa terraza cubierta con viejos tablones de madera— que comunicaba las habitaciones con el patio; a la par que las niñas se sentaron en el suelo a jugar a la matatena, y elevaban por el aire la pelotita de caucho que subía y bajaba, mientras recogían unas pequeñas piezas de metal en forma de estrellas. Como todos los niños, a los pocos minutos se cansaron y entonces decidieron salir al patio a jugar a la bebeleche con su bolita de papel mojado. Cuando de nuevo se cansaron, tomaron una piedrita y, de regreso junto a la puerta de la recámara de su madre, decidieron jugar al acitrón.

Cornelio estaba más inquieto que en los nacimientos anteriores porque le preocupaba que la edad de su mujer trajera complicaciones: no es lo mismo dar a luz a los dieciocho que a los veintinueve, pensaba. Porque sucedía con mucha frecuencia —quizá más de lo que debiera ser— que las madres se morían de fiebres que las aquejaban días después de parir. Pero sabía que María de la Paz era una mujer fuerte; era de las Saldívar de esa región, y eso no era decir poca cosa. Eran aguantadoras si se trataba de lidiar con las enfermedades. Habían resistido, sin contagio, a las fiebres eruptivas del *matlazáhuatl* y a las epidemias de cólera que a tantas otras almas se llevaron al cielo.

Y tal como corresponde a una buena matrona, y conforme a la usanza de las mujeres de su apellido, no pasaron dos horas cuando sobre las letras de “acitrón de un fandango, zango, zango, sabaré, sabaré de farandela, con su triqui, triqui, tran”, se oyó el llanto que

anunció la buena noticia y que hizo bailar a las tres hermanas que, con fuerte voz, exclamaban “¡Ya nació, ya nació!”.

Exhausta por el esfuerzo, María de la Paz recibió al bebé en sus brazos: era un niño con tez de bronce y mirada de chocolate, tersa y dulce. Tal como bien anunciaron las mujeres del pueblo que habían tenido experiencias con sus propios chamacos, la cabecita del recién nacido estaba cubierta de tupidos rizos oscuros, motivo cierto de esa fuerte acidez estomacal que la acompañó durante todo el embarazo.

Y así como sucede a cada mujer después de dar a luz, la alegría de tener al recién nacido entre los brazos la hizo olvidar el anterior cansancio del esfuerzo y el agudo dolor de las contracciones. Con delicadeza, se aseguró de que tuviera los diez dedos de las manos —ni de más, ni de menos— y después verificó lo mismo en los de los pies de su pequeño. Con su niño, había dicho, llegaba la tranquilidad a su vida. O al menos eso creyó en aquel momento en que el futuro se reservaba para sí sus misterios y dejaba paso solamente a la ilusión.

—Gracias —musitó en voz baja.

La nana Aurelia, tan antigua y gastada como los muros de la casa, se lo quitó de los brazos para lavarlo en una palangana que se había instalado para el recién nacido. Con mucho cuidado, lo vistió con el pañal sin serenar para que no se rozara, porque si se olvidaban en el tendedero después de las tres de la tarde en que comenzaba el sereno, de nada servía el hervido en jabón, el secado al sol y su posterior planchado para

dejarlo suave. Al final, lo envolvió en un lienzo de blanco percal para entregarlo, limpiquito, al pecho de su madre.

Apenas levantó la nana Aurelia al bebé, cuando un trozo de viga crujió, crepitó más fuerte y cayó del techo justo en el lugar donde estaba el chiquillo hacía un momento. Con un gran estruendo y una nube de polvo de aserrín, cal y adobe, dejó el metal de la palangana abollado y el agua regada por todo el piso.

No se hizo esperar el alboroto de voces apuradas para ver cómo estaba el niño y constatar que no tuviera ni un rasguño. El pequeño, por su parte, no se había inmutado por ese atentado contra su vida. Sin que nadie lo notara y, sólo por un brevísimo instante, se oscureció su mirada, aunque tal vez fue la sombra del trozo de madera o quizá algo más.

Cornelio se acercó al lecho, sin importarle el griterío ni el desorden, ni el agua regada en el piso. Quería ver el rostro de su hijo. Quería ver también el de su mujer.

—Un niño, Maripaz, un niño —repetía, mientras ella sonreía, satisfecha—. ¿Cómo lo llamaremos?

No sería como Cornelio. Ese nombre perteneció por tiempo breve a su hermano mayor, antes de que la epidemia de influenza se lo llevara.

Tal vez porque la fecha en que nació coincidía con esa de muchos años atrás cuando los conquistadores españoles habían entrado a la gran Tenochtitlan para iniciar casa por casa la destrucción de la ciudad, y su nombre significaba el famoso que destaca en la batalla con su flecha, o tal vez porque su naturaleza sería emo-

tiva y clarividente, o quizá porque aún sin sospecharlo tendría el talento para armonizar contrarios con tacto y diplomacia, de fundir lo ancestral con lo actual, fue que decidieron llamarlo Gilberto.

2. ¡No me dejéis aquí!

Barcelona, marzo de 1937

Salimos de la nevería del Tío Che para pasear por la Gran Vía. *Els meus pares* me habían comprado un barquillo con helado de limón, mi favorito. Yo me colgaba de la mano de *la meva mama* haciéndole muecas con la boca llena del frío dulce, paseaba mi lengua sobre los labios para quitármelo y le sonreía. Llevaba puestos los pendientes de aguamarina en forma de gota de agua y el sombrerito de fieltro con una pluma verde que sólo usaba los domingos y que tanto me gustaban. La imité en su caminar con la cabeza inclinada, moviendo la cadera a un lado y al otro, tan coqueta que *el meu papa* la miraba con cara de bobo o como quiera que se miran los que se quieren como ellos. Guardé ese momento en la pequeña caja que tengo adentro del pecho, que crece conmigo, donde llevo los recuerdos que más me emocionan y que a pesar de la guerra sigue llena con mis tesoros alegres, aunque siempre me queda lugar para poner uno más. *Mama* me enseñó desde que era muy niña, que los abrazos, los besos, las risas y todo el helado de limón que quisiera guardar estarían ahí

para sacarlos cuando me hicieran falta, cuando estuviera triste o enojada, o nada más porque sí.

Papa caminaba junto a nosotras, llevaba en una mano a Lola, mi muñeca de trapo con vestido rojo, rizos negros y ojos redondos con tres largas pestañas en cada uno. Creo que ella y yo nacimos al mismo tiempo, porque ha estado conmigo desde que recuerdo. Me acompaña a todos lados, es como una hermana pequeña. Él decía que a pesar de la guerra se debía conservar la alegría, que era lo único que no nos podrían quitar. Por eso los domingos, después de misa, en vez de regresar a casa salíamos de paseo. Entre lamida y lamida una gota verde cayó sobre mi vestido celeste, escurrió dejando una marca larga y delgada. Volteé los ojos al cielo, como si no me hubiera dado cuenta, pero *el meu papa* me pilló en la trampa y para evitar un regaño le di lo que siempre me pedía y le gustaba: una sonrisa grande y chimuela.

Del otro lado de la acera un edificio había sido bombardeado el mes anterior. Dos mujeres buscaban algo entre los escombros, yo creo que cosas de su casa porque una de ellas, la que llevaba una pañoleta anudada a la cabeza, traía bajo el brazo lo que parecía un empolvado álbum de fotografías y otra, muy anciana, cargaba con esfuerzo un candelabro plateado.

Las alarmas de alerta no sonaron a tiempo. Para cuando lo hicieron el ruido de los aviones se oía muy cerca. Como todos los que caminaban en la calle, corrimos hacia la estación de metro que estaba a tres cuadras, parecía que estábamos jugando a las carrerillas para ver quién llegaba primero. Los que no tenían re-

fugio subterráneo en sus casas o tiendas iban hacia allá también. *Papa* me tomó de la muñeca con fuerza, corrimos muy aprisa, mis pies apenas tocaban el suelo y aunque no solté el barquillo la bola de helado cayó al piso junto con uno de mis zapatos.

El meu papa volteaba a ver el cielo y nos obligaba a correr aún más. Los aviones ya volaban sobre nosotros. Una cuadra más adelante una bomba cayó sobre un edificio de dos pisos, un silbido y ¡bam!, le hizo un boquete. Nos detuvimos de golpe y a *la meva mama* se le cayó el sombrero. No se agachó a recogerlo. El aire se llenó de polvo. Los cristales de las tiendas que estaban cerca se quebraron uno tras otro con un sonido como de muchos vasos aplastados. Otro silbido y ¡bam!, un edificio se incendió. La tierra se movió; una señora y un niño pequeño gritaron, un anciano y su esposa cayeron al suelo, dos muchachos también; lograron levantarse con mucha dificultad, aunque tenían sangre en el rostro y avanzaron a gatas entre los escombros y fierros regados por la calle, pero los abuelitos se quedaron tirados.

Els meus pares volvieron a correr haciéndome volar, el camino se había llenado con pedazos de edificios, de llamas que incendiaban hogares, algunas eran chiquitas, pero otras, las enormes, vomitaban fuego y humeaban el aire. Por todas partes había *pares i mares* que corrían con sus hijos, algunos abuelitos iban también, agarrando aire con las manos como hacen los niños pequeños cuando aprenden a caminar. Los viejecitos siempre quedaban atrás. Un señor salió de uno de los edificios incendiados, se tiró al suelo para apagarse el

fuego del cuerpo, dándose golpes con su sombrero en las piernas y en el estómago. El auto rojo y elegante que siempre estaba frente a la casa González tenía en el capó una abolladura tan grande como la de un balón pinchado. De pronto, al otro lado de la acera, vi como un señor con la ropa llena de sangre y la mano separada del brazo se arrastraba por entre los escombros. Al verlo, apreté tanto mi barquillo que se acabó de desbaratar, una joven con vestido verde y la cara sangrando gritaba que no podía ver, las muñecas me dolían, nadie se detenía a ayudar a los heridos, *papa* zarandeaba a Lola en su otra mano, todos corrían hacia la estación del metro, el sonido de las bombas no acababa.

Comencé a llorar, gritando.

—Papi, papi.

—Tranquila Mina, ya vamos a llegar.

El silbido se escuchó esta vez muy cerca de nosotros. Por curiosa vi la bomba en el mismo momento que dejó salir lo que traía adentro, eso que le dicen metralla. ¡Bam! Una fuerza enorme que no sé de dónde venía me tumbó contra el suelo, mi mejilla derecha se raspó por el golpe, *el meu papa* se dejó caer sobre mí y *la meva mama* lo abrazó por la cintura. Pedazos de pared, fierro y muebles de madera volaron por el aire y cayeron a nuestro alrededor, sobre nosotros. Fue un segundo, sólo un segundo en que ese gran estruendo me dejó un zumbido largo en los oídos, el cuerpo golpeado y sangre en la cara. Después de ese momento no pasó nada, no escuché nada. No pude reaccionar, no me pude mover, no pude llorar.

Estuve como muerta un largo tiempo. Los aviones se fueron y en su lugar quedó un silencio tan callado que me hizo sentir que el pecho se me iba a reventar hacia dentro, era algo que jamás había sentido. Me pareció extraño, pero no oía nada, me rasqué adentro de la oreja, una gota de sangre mojó mi dedo, pensé que había quedado sorda porque no podía escuchar ni siquiera los gritos desesperados que sin cesar salían de mi boca.

El pecho *del meu pare* oprimía mi cara y el cuerpo *de la meva mare* cruzaba su cintura formando una cruz. Su cara estaba vuelta hacia mí. Quise creer que sólo estaban dormidos y me abracé a ellos aunque su peso no me dejaba respirar. Tenían los ojos muy abiertos, pero no me veían. Sentía sus cuerpos pesados, mojados de sangre, estaban calientes y yo apenas podía agarrar un poco de aire. Traté de deslizarme hacia un lado, pero mi cintura y piernas quedaron atrapados entre ellos y el escombros. Subí y bajé el cuerpo tratando de liberarme. Mi corazón retumbaba como las palmas de una bailadora de tablado, muy aprisa. Comencé a desesperar y lloré sin control. En mi estómago se formó un grito tan fuerte que subió por mi garganta y salió como si lo hubiera vomitado. Esta vez pude escucharlo.

Sobre el aire comenzó a flotar un fuerte olor a sangre, y así como el olor dulce de las flores del mercado de la Concepción que inunda todo, se metió por mi nariz y no quiso salir. Dos moscas revoloteaban sobre nosotros, una de ellas se paró en la mejilla *de la meva mama*, después en su boca. Quise matarla, pero mi mano no la alcanzó. ¡Quítate, déjala en paz! Su cabello

acariciaba mi rostro cuando el aire lo movía, algunos mechones olían a su perfume de rosas.

—*Mare, pare* —grité.

Los moví para ver si despertaban. Apreté una mano que no supe de quién de ellos era, pero siguieron muy quietos. Intenté besar a *la meva mama*, pero sólo alcancé la manga del abrigo sobre la que descansaba su cabeza. Empecé a entender que eso que me negaba a creer sí había pasado. *Mama, papà* —volví a gritar—. ¡No me dejéis aquí! —pero ellos no respondieron.

No eran los primeros muertos en Barcelona. Aunque *els meus pares* trataron de ocultármelo durante los ocho meses que teníamos en guerra, yo lo sabía por los niños más grandes que todo el tiempo hablaban de lo mismo: de los muertos en el bombardeo de aquí, de los muertos en el bombardeo de allá. La muerte, esa señora de velo oscuro que llegaba cualquier noche sin aviso para llevarse al hermano, a la hija o al tío, se había hecho parte de nuestras vidas. No la veíamos pero sabíamos que ahí estaba.

De reojo pude ver que Lola, mi muñeca de trapo, había quedado junto a nosotros tendida boca arriba. Le faltaba un brazo. Traté de alcanzarla con la mano que tenía libre, me estiré un poco más y apenas logré tocarla. Aunque Lola nunca había llorado, de haberla alcanzado le habría tapado los ojos para que no viera todo este espanto que nos rodeaba. La hubiera abrazado para que no se quedara ahí sola, tirada en medio de los escombros.

Acaricié la chaqueta *del meu pare*. Era muy suave. Cerré los ojos e imaginé que era su cara. Recordé su risa que hacía un momento sonaba fuerte, mientras caminábamos por la Gran Vía. ¿Qué había sucedido? Todo me dolía y no quería pensar. ¿Cómo pudo pasar esto? ¡*Els meus pares!* ¡Ellos no podían morir! De pronto escuché gritos y sirenas que venían de lejos, se acercaron hasta oírse muy cerca. Una nube de polvo tan amargo como cuando a *la meva mare* se le quemaba a algún pan se había metido por mi nariz, había cubierto mi mano. Un sonido de pisadas de tacón grueso de los que usan las señoras se acercó. Con todas las fuerzas que me quedaban agité la mano que tenía libre.

—Aquí, aquí —escuché—. Aquí hay alguien. Dos pares de botas como los de la milicia avanzaron hacia nosotros. Recordé la historia que me contaron los compañeros de la escuela sobre esos que llamaban anarquistas y que habían sacado de sus tumbas las momias de las monjas y frailes en el Convento de las Salesas y sentí pánico. En ese momento quise que mi alma se fuera al cielo junto con la *dels meus pares*, que de seguro estarían ahí como decían las religiosas en el catecismo, pero no morí; sólo pude sentir que tomaban mi mano y después ya no supe más.

No estoy segura de cuánto tiempo pasó, empecé a oír voces que hablaban bajito. Poco a poco se hicieron más fuertes. Cuando desperté, me dijeron que estaba en el hospital de la Rambla del Raval. No entendía bien qué sucedía. Me habían metido en una cama suave y blanca. Tenía una bata limpia. Una linda enfermera de ojos claros con un sombrerito curioso y

blanco estaba junto a la cama; me sonreía. Entonces, los recordé otra vez:

—¡Mare! ¡Pare!

La enfermera me acarició la cabeza y, con voz tierna, me dijo:

—Calma, *petita*.

—¿Dónde están *els meus pares*? —insistí.

Quería pensar que todo aquello no había sido más que un mal sueño. Una horrible pesadilla que no quería volver a recordar jamás.

—Tranquila, *maca*. ¿Cuál es tu nombre?

—Mina —dije, mientras recordaba todos los detalles—. Guillermina Giralt.

—Hola, Mina. Yo soy Maruja. Lo siento mucho, pero tus padres no...

La enfermera dudó unos segundos. Me miró con ojos tristes, como si no quisiera decir lo que pensaba.

—Mina, querida: tus padres no han logrado sobrevivir.

Eso ya lo sabía.

Lo que no sabía y me terminaron de decir, fue que a *els meus pares* los habían llevado a un lugar al lado del hospital, junto con los demás muertos del bombardeo.

—¿Y se van a quedar ahí, en el anfi...?

—¿En el anfiteatro? No, Mina. Les darán sepultura.

Algo dentro de mí se partió y crujió igual que las galletas que *la meva mama* hacía los domingos y que tanto me gustaba comerlas con una taza de leche merengada. Yo creo que ha de haber sido mi pequeña caja porque todos, todos los tesoros alegres que tenía ahí guardados volaron de un jalón y se quedó vacía. Por

más que hacía no encontraba ninguna risa, ningún abrazo, nada que pudiera alegrarme. Quería tener a *els meus pares* a mi lado, ver de nuevo sus ojos risueños, abrazarme a ellos. No podía creer que ya no estarían conmigo. Pensaba que en cualquier momento aparecerían junto a esa cama de hospital para sacarme de ahí. Pero volvía a recordar sus cuerpos heridos por la metralla, llenos de sangre, y el recuerdo me hacía entender que ya no podrían estar conmigo. El pecho me dolía mucho, más que aquella vez en que me machucó un dedo con la puerta de mi recámara, tanto que me pareció que se iba a caer, sólo que en este momento lo machucado era lo que tenemos dentro, era mi corazón.

Mis lágrimas comenzaron a caer, despacio primero, pero luego salieron tantas, tan enojadas, que no hubo manera de detenerlas. ¡Ay! Grité sin saber qué otra cosa gritar para sacar eso que tanto me dolía por dentro. ¡Ay! Lloré lo más fuerte que pude para ver si el dolor desaparecía. Quería quitarme esa opresión, arrancarla, que saliera de mí. ¡Ay! Volví a gritar, entre los mocos y las lágrimas que se juntaban sobre mi boca, fuerte, como para que Dios en el cielo me escuchara, a ver si se compadecía y me los devolvía. Pero no me escuchó. Ese día Dios ha de haber estado muy ocupado. O tal vez estaría escondido, llorando también al ver nuestro sufrimiento.

Maruja me abrazó. Pasó su mano por mi adolorida cabeza, todavía con pedacitos de escombros y polvo. De entre las madejas de cabello sacó un pendiente de aguamarina que, con mucho cuidado, me entregó.

—Es de *la meva mama* —dije, emocionada.

Le di un beso, lo apreté en mi mano y me lo puse en la oreja derecha.

—¿Me llevas con *els meus pares*?

—Sí. Pero dime antes ¿tienes familiares a quienes podamos llamar?

—No —me sorbí los mocos—. Creo que sólo la tía Carmela, pero no vive aquí. Se fue a otro lugar que no me acuerdo. La tía Gloria se murió y el tío Felipe dijeron que se iba a luchar.

Los ojos de Maruja se llenaron de agua.

—Bien —dijo—. No te preocupes, ya veremos qué hacer contigo.

3. Enseñanza viva

Villa de Chiautla de Tapia, mayo de 1904

Gilberto pasó sus primeros años en la recién bautizada Villa de Chiautla de Tapia. En su cerro del Titilinzin, blanqueado de fragantes azucenas, disfrutó las clases que su madre le impartía entre rojos atardeceres.

—Tengo una duda.

—¿Cuál es, hijo?

—¿Se puede vivir en una mentira?

El viento suave agitó los holanes del vestido de María de la Paz y, con el mismo ímpetu juguetón, meneó las flores del campo de cempasúchil y el ejemplar del *El Mundo Ilustrado* que tenía en el regazo.

—¿A qué te refieres?

—A que si uno sabe que algo es cierto, aunque todos digan que no, ¿se debe creer lo que uno piensa?

María de la Paz se asombró ante la pregunta de su hijo. No pasaba día en que el pequeño Gilberto la obligara a rebuscar en su interior las palabras adecuadas para abonar ese espíritu inquieto.

—Con la verdad se vive mejor que con falsedades, hijito. Porque es una virtud del hombre buscar la verdad.

Gilberto acarició la suave hierba y miró por sobre el caserío. El atardecer filtraba un abanico de colores que terminaba estampado en los muros de adobe de los hogares, hasta dejarlos dorados.

—Que nos tengan por veraces es una satisfacción y un buen camino de vida —continuó María de la Paz—. Que nos tengan por mentirosos o falsos es una humillación que nos aparta de muchas personas. De seguro, Gilberto, habrá ocasiones en que tendrás que decidir correr los riesgos de sostener la verdad —que es lo meritorio— a salvarte con la mentira. Y ¡quién sabe!, tal vez te veas en el caso de tener que callarla cuando tu silencio evite un daño para alguien.

—Entiendo.

—Qué bueno, hijo. Pero a lo que venimos: dame la tabla del seis.

Recitar la tabla del seis o del siete recostado una tarde de mayo sobre la hierba verde y suave del valle era una hazaña especial. Porque aquel paisaje invitaba a la admiración o a descubrir sus secretos, pero en ningún momento a recitar la tabla del seis. Aunque María de la Paz no era una mujer que se dejara ganar con facilidad.

—Dame la tabla del seis, Gilberto.

—Seis por una seis, seis por dos doce, seis por tres... Mamá, si ya sabe que me la sé al derecho y al revés... Seis por diez sesenta, seis por nueve cincuenta y cuatro, seis por ocho...

—Sé que eres un niño listo —y tras un momento de reflexión añadió—, pero tu educación es primordial. El ejercicio de pensar no se puede dejar de lado. Por eso, piensa todo. Lo que has hecho ayer, lo que haces hoy y lo que puedes hacer mañana. El pensamiento es lo que nos hace un ser distinto a los animales. Lo más importante que puede hacer el hombre es pensar, pensar siempre, pensar todo. ¿Me entiendes?

—Sí, madre. La entiendo. Ahora sigo con la tabla.

Nunca lo confesó María de la Paz, pero sentía un orgullo secreto ante la inteligencia del pequeño Gilberto. Desde que dio sus primeros pasos y pronunció las primeras palabras, presintió esa mente inquisitiva, observadora y serena que todo lo medía para bien o para mal. Porque así como atrapaba una mariposa y al querer mirarle las alas terminaba por despanzurrarla, así se aguantaba el piquete de alguna abeja que lo revoloteaba, nada más para ver qué se sentía. Su mirada oscura y profunda siempre tenía ese dulce atisbo de comprensión que da la consciencia del entorno y las personas, algo inusual en un niño de tan corta edad.

Por eso, con el tiempo, la dejó de sorprender que ante los berrinches de alguna de sus hermanas, él dijera:

—Déjenla, no es su culpa. ¡No ven que extraña a su bello pájaro cu?

—Qué pájaro cu, ni qué nada. Si se murió hace un mes.

—Sí. Pero todavía lo extraña y por eso se enoja.

Tampoco le causaron admiración los rápidos avances que hacía en las ciencias o las interminables pre-

guntas que empezaban con por qué. ¿Por qué meneas la olla? ¿Por qué tuestas el chile? ¿Por qué tengo que estudiar? ¿Por qué Aurelia es la nana? ¿Por qué existen los peones? Y muchas otras preguntas de las que si no se satisfacía con la respuesta, indagaba otra vez hasta quedar satisfecho.

Como la casa de la familia Bosques estaba en Hidalgo, la calle principal de entrada a Villa, y sobre el mismo costado y a pocos pasos se había instalado una sala de billar que se animaba con exclamaciones, risas y ruido seco del chocar las esferas de marfil, no pudo pasar desapercibido para María de la Paz el interés del pequeño Gilberto en ese juego nuevo. Un buen día, Pascasio, el carpintero de Chiautla, llegó a la casa de los Bosques con una pequeña mesa de billar, unos pequeños tacos y unas canicas grandes de vidrio.

De inmediato María de la Paz tomó la cinta de medir.

—A ver, Gilberto, ¿cuánto mide el perímetro de la mesa?

Con algo de dificultad Gilberto midió un lado y alargó la cinta hasta que abarcó los cuatro costados de la mesa de billar.

—Tres metros con sesenta centímetros.

Desde ese momento, Gilberto entendió que aquello no iba a ser un juguete más, sino un instrumento de enseñanza que su madre utilizaría para hacerlo avanzar en la geometría y en la suma, resta, multiplicación y división, aplicados a volúmenes y superficies.

Las enseñanzas de su madre fueron determinantes para su educación y se quedaron grabadas en su me-

moria, en el corazón y como norma de conducta por el resto de su vida.

Cuando pardeaba el horizonte y la luna se elevaba tras la iglesia de San Miguel Arcángel, María de la Paz y Gilberto bajaron a Villa.

—Vámonos, hijo, que ya ha de estar tu padre en casa. No quiero hacerlo esperar. Hoy, que decidiremos tu futuro, menos que nunca.

4. ¿Y la casa?

Heroica Villa de Chiautla de Tapia, mayo de 1906

La gente decía que mi abuelo Cornelio y mi padre eran inseparables. Por eso, cuando comerciaba entre poblados y rancherías para vender las mercancías de los negocios que representaba, siempre lo llevaba con él.

Durante tranquilas tardes de paseo a caballo, le enseñó cómo reconocer la buena semilla del maíz, cómo estar atento al olor de la llegada de la lluvia y que no se preocupara porque si no las hormigas habrían de avisar. Le habló también de la patria que se mantenía a la espera de sus esfuerzos, para forjarla mejor de lo que era ahora. Le enseñó, a fuerza de caídas y raspones, cómo ir mejor sobre la silla vaquera para no sentir cansancio en las jornadas largas, cómo atravesar los ríos y tomar los ascensos o descensos difíciles del camino.

Y una mañana fresca de abril lo llevó a conocer a los habitantes de la sierra, quienes le enseñaron su propia sabiduría: que no te acerques a esa hierba porque no te quitarás la comezón en tres días, que la corteza del árbol de la piel o tepezcohuite, sirve para las

quemaduras, y que hay unos hongos teyhuinti o carne de los dioses que si los comes te producen terribles visiones. Contaron las historias de sus orígenes y del Talokan o la casa de las aguas, donde habitan los dioses que hacen llover —los tlaloques del mundo antiguo—. Dijeron que es ante todo la bodega del mundo, que en él se encuentran las ollitas con la esencia del agua, del aire, de los rayos y del maíz.

Sin proponérselo, aprendió mi padre que aquellas comunidades percibían el entorno como un todo, en donde se desarrollaba su vida cotidiana.

Aunque mi abuelo decía que era de filiación católica y asistía en ocasiones a la celebración de la misa, lo hacía más para renovar de vez en cuando sus sentimientos, que por una entusiasta piedad. Ahora que como liberal ortodoxo —hijo del comandante Antonio Bosques, del ejército liberal que combatió al clero insurrecto, a la intervención francesa y al llamado imperio de Maximiliano—, mantuvo siempre su actitud anticlerical, a la que nunca hizo referencia, pero que para sus hijos se concretó en el hecho notorio de que nunca, a ninguno, lo llevó a la iglesia. Pero eso sí, la familia Bosques se caracterizaba por ser devota de las virtudes más que de los dogmas y sermones.

A mi abuelo Cornelio, que había aprendido todo de su padre en las fértiles montañas de Huamuxtlán, que su hijo no pudiera aprender del mismo modo le parecía disparatado. Algo así como un capricho de su mujer. ¿Qué tanto pueden enseñarle en Puebla? ¿Cómo va a estar mejor en casa ajena que en la propia? ¿Cuándo va a regresar? ¿Y si se convierte en uno de esos señoritos

estirados que no sirven más que pa' mirar pa' abajo?
Ni Dios lo quiera.

Luego de un rato de estire y afloje en los razonamientos con María de la Paz, terminó por ceder.

—¿Y quién se hará cargo de la casa si Gilberto no vuelve?

—Algún yerno.

—Pero si las niñas no se han casado.

—Ya se casarán.

Cedió porque en el interior tenía la convicción de que su muchacho regresaría a Villa, porque *a los Bosques la tierra siempre los jala*.

No sabía mi abuelo de los atractivos de la capital del estado de Puebla y de sus seducciones. Si lo hubiera anticipado tal vez se habría opuesto con mayor firmeza para arraigarlo a la tierra que lo vio nacer.

Pero, como no lo anticipó, lo dejó ir.

5. Una noche de dolor

Barcelona, marzo de 1937

El anfiteatro estaba lleno de gente que se movía de un lado a otro, señores se levantaban, señoras se sentaban, cambiaban de lugar, iban y venían. Formaban entre todos como una pequeña ola de mar, maloliente. Las moscas volaban por todas partes, se paraban sobre las cabezas, las mejillas, los ojos y las bocas, sin distinguir a vivos de muertos.

Me apreté la nariz nada más entrar.

Maruja me sentó en una esquina mientras ella iba a averiguar qué harían con los que habían muerto. Los habían dejado acomodados en el suelo, uno junto a otro porque ya no cabían. Dos señores, con sombrero en mano, se agachaban a revisar los cuerpos yo creo que buscando a algún pariente; muchas mujeres lloraban encima de sus esposos y sus hijos muertos. Una de las mayores, la que llevaba un abrigo verde y grande como ella, jalándose el cabello gritaba:

—¡No puede ser, más de novecientos muertos, más de cien niños!

Casi todos los muertos tenían manchas de sangre, algunos en vez de cara tenían como una masa de carne; la mayoría de los niños había perdido los zapatos, sus piernas estaban cubiertas de un lodo rojo oscuro, quizá sería polvo revuelto con su sangre. Las lágrimas se me quisieron salir. No quería verlos, pero al mismo tiempo no podía dejar de mirarlos. Una niña más grande que yo, de cabello rubio, se me acercó:

—Son feos —me dijo. Asentí—. Mira ese, no tiene brazo, aquel niño tampoco y aquella mujer tiene los ojos abiertos —quise volver el estómago.

—Mejor vamos a contarlos —le dije, porque ya no quise verlos así de cerca. Comenzamos a contarlos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, pero cuando llegué al treinta y dos perdí la cuenta y ya no seguí. La niña me hizo una mueca y se fue, yo le saqué la lengua.

Me llamaron la atención los gestos de las personas que estaban ahí. Mientras esperaba a Maruja, los miré. A algunos la cara se les deformaba al darse cuenta de que su hijo o su esposo estaba entre los muertos. Caían al suelo, se desmayaban, dejaban escapar un grito adolorido. Otros lloraban acurrucados como si fueran a dormir; lloraban quedito y limpiaban su nariz con un pañuelo. Luego estaban los del dolor tan encostrado que parecía que se les caería junto con su cara. No sólo lloraban: era como si lo que sentían, los jalara hacia abajo. Pero los que me llamaron más la atención eran los de mirada dura. Los que parecía que a ese dolor le hubieran cerrado la puerta con llave para no dejarlo entrar. Yo quería hacer lo mismo: cerrarle la puerta al dolor.

Maruja regresó por mí.

—Vámonos, *petita* Mina.

—¿Qué pasará con *els meus pares*?

—Mañana a las once iremos a Montjuic para darles sepultura.

—¿Y yo qué voy a hacer?

—Esta noche te quedarás conmigo. Luego, veremos.

El piso de Maruja tenía dos recámaras. Me acomodó en la pequeña de paredes grises y cortinas canela; trajo un plato de galletas y un vaso de leche. Un cristo colgaba sobre el respaldo de latón. Me quitó mi vestido celeste todavía con manchas de sangre y roto en algunas partes y me metió en la cama. Sus blancas sábanas y el colchón mullido me reconfortaron un poco, aunque me habría gustado tener a Lola conmigo, pero yo creo que quienes recogieron a *els meus pares* se olvidaron de ella porque en el hospital no me la dieron.

—¿Quieres rezar, Mina?

—Estoy enojada con Dios. No quiero verlo.

Maruja descolgó el cristo y lo guardó en la mesita de noche, tomó mi cabeza entre sus manos, se sentó junto a mí y me plantó un beso en la frente. Me abracé a su cintura y otra vez, lloré largo rato. Ella pasaba su mano sobre mi cabello mientras me decía que no me preocupara.

—Dios no tiene la culpa de la guerra, *petita*, esa la hacemos los hombres. Pero no pienses en eso, piensa que todo esto pasará. Pronto pasará.

No pude pegar ojo en toda la noche. Los recuerdos no me dejaron dormir. Era como si me hubieran hecho un agujero gigantesco en el pecho y no dejara de

doler. Mi vida había cambiado en un segundo y me había quedado sola. Sola. No tenía ganas de que llegara el día siguiente ni el siguiente. Quería regresar en el tiempo y volver a estar con ellos. De Dios no quería nada. Era un Dios malo. ¡Ningún dios bueno le habría quitado *els seus pares* a una niña de once años! Por eso no quise pensar en Él. Aunque debí hacerlo. Quizá habría sido un buen consuelo si lo que pasó no hubiera sido tan espantoso. No. No podía rezarle ni un padre-nuestro.

Por mucho tiempo, yo creo que horas, traté de dormir. Pero apenas cerraba los ojos, los veía. No recuerdo cuántas veces vi sus rostros, cuántas veces volví a vivir ese momento en que su sangre me cubrió y la pequeña caja que tengo adentro se rompió. Por más intentos que hacía de llevar mi recuerdo a los días felices, no lo lograba. La misma escena volvía una y otra vez.

Esa fue la peor noche de mi vida.

Aprendí que eso que me aplastó el pecho cuando vi morir a *els meus pares*, es el sentimiento más negro y solitario que puede haber. Descubrí que cansa. Cansa tanto por dentro que deja el cuerpo igual de aguado que la pasta recocida. Y entendí también que no habría modo de que pudiera arreglar la pequeña caja que tengo dentro.

Antes de que llegara la guerra sólo había visto sufrir de dolor a Pilarceta, mi vecina de pupitre, cuando se le murió su perro y no fue a la escuela en dos días. Al volver, se veía su mirada triste todo el tiempo; pero, al cabo de una semana, olvidó al perro y la sonrisa apareció de nuevo en su rostro.

6. Conciencia revolucionaria

Puebla de los Ángeles, 1906

Por la noche, cuando el sol de Chiautla se había retirado, María de la Paz y Gilberto subieron en sus respectivos caballos y agarraron camino a la estación de tren de Tlancualpicán. Tomaron boleto y asiento de segunda clase.

Durante el trayecto, Gilberto iba dándose todo el valor que un muchacho de trece años se puede infundir ante la perspectiva de dejar el hogar, a sus padres, a sus hermanas mayores y a su cerrito de Titilinzin con sus albas azucenas. No sabía con exactitud si se preocupaba más por saber que estaría solo o por la añoranza de los suyos. Aunque cierto era que todo el tiempo le gustaba hacer rabiar a sus hermanas que no pensaban en otra cosa más que en los listones y los vestidos, que se afanaban en arreglar para lucir los domingos en la plaza donde los hombres daban la vuelta en sentido de las manecillas del reloj, las mujeres lo hacían en el sentido contrario y mostraban con el hábito —pensaba él—, que hasta en eso les gustaba dar la contra. O por lo menos a sus hermanas, que eran de

lo más testarudas y difíciles de entender. Pero, con todo, no dejaba de pensar en ellas como si hubiera pasado un mar de tiempo, en vez de las pocas horas en que se había despedido de ellas en la puerta de la casa. Regresa pronto, Gilito; te portas bien. No dejes de escribir. Lo vieron partir y se abrazaron para darse consuelo. Anticiparon ese dolor que causaría su ausencia y sollozaron con pesar hasta que su figura se perdió en el horizonte.

Gilberto recordó aquellas tardes en que tumbados sobre el pasto y de cara al cielo, contemplaban asombrados el movimiento ordenado de los astros —como decían los lejanos ancestros—, mientras su madre, con uñas de plata calzadas en los dedos, tocaba suaves melodías en la cítara.

Desde la parte más remota donde se guardan los recuerdos, trajo también a la memoria esos días de premonitoria rebelión y el de la primera insurrección, ese día preciso, que forjó su conciencia revolucionaria.

Era aquella una noche de obsidiana traslúcida de las que se dan en esa cálida tierra del sur. Bajo los árboles cargados de sombra en Cañada Grande un compás de marcha se comenzó a escuchar hasta llegar al cauce del arroyo. Cascos de caballos golpeaban esas piedras humildes del contorno. Al poco tiempo, los ruidos de la marcha dejaron la cañada y tomaron la loma y el sendero. Los jinetes se acercaron al poblado. Entraron a la siempre Heroica Villa de Chiautla de Tapia, por las calles del barrio de San Miguel, aquel semillero de valientes a la sombra de una ceiba secular.

Los dos jinetes, rancheros de machete acapulqueño en la silla vaquera y pistola al cinto, avanzaron entre las sombras, penetraron en línea recta aquella noche poblada de luciérnagas. Una frágil luz marcaba su destino.

Abraham Ramírez Aguilar, con su rostro bondadoso, reflexivo, los dejó pasar.

—Buenas noches, don Abraham.

—Buenas noches, hijos. ¿De dónde vienen?

—De Polocatlán y Cañada Grande.

—Siéntense... por allí, en la cama. Hablemos quedo, muy quedo, que ni las paredes oigan... ¿Hay novedades?

—No... Digo. Algunos impacientes. Otros dudan. Los que tienen don Jesús Morales, Amado, Luis, José y Domingo, Melitón y otros más están listos. No se aguantan... no nos aguantamos, don Abraham. No sabemos si hay denuncias.

—Calma, muchachos. Es necesario preparar todo antes del golpe. Reunir gente. Esperar las carabinas. Son pocas, pero están pagadas con el dinero reunido. Es bueno contar con los descontentos de Acatlán y algunos más de Morelos... Hablaré con Jesús Morales para prepararlo todo, de modo y manera que no fracasemos.

—Don Jesús no descansa. De Sumidero a Polocatlán y Cañada Grande y Pilcaya, Ixcamilpa y hasta Acaxtlahuacán y por esos rumbos. En todas partes hay amigos, pero no hay armas. Sólo machetes y una que otra escopeta venadera de Aminitlán y más abajo. De este lado de arriba hemos ido a Miquetzingo, Tecolacio,

Don Roque y Ahuehuetzingo, Ayoxuxtla... Todas las ranherías que nos dijo usted. Vimos a los hombres de la lista. Muchos están pendientes de lo que se disponga y ordene, en el momento que sea.

—Pensamos, señor, que tiene que ser rápido. Y que pase lo que tenga que pasar. La gente puede desalentarse... de tanto esperar. Si ustedes lo ordenan podemos dar la última vuelta por los pueblos para que los comprometidos sepan de una vez el día y la hora. Don Jesús quiere hablar con usted para convenir lo último.

—Sí, hablaré con Morales. Hay que redondear al plan. Escoger la fecha. Nos veremos en Polocatlán.

Un ligero apretón de manos marcó la despedida. Abraham abrió la puerta y los dos jinetes volvieron a tomar la sombra del camino, ágiles, esbeltos. Chiautla dormía esa tibia noche del mes de mayo hacia la madrugada del día 3 de 1903.

La torre de la parroquia soltaría las campanas de fiesta del día de la Santa Cruz. No había ninguna premonición de drama en los rosados fulgores que rozaban las copas de los árboles. Pero ahí estaban —para formar el dispositivo de asalto— aquellos hombres maduros y jóvenes de la vieja estirpe guerrera que guardó por siglos su libertad. Los insurrectos habían medido muy bien las horas de aquella madrugada, a fin de dar puntualmente la sorpresa. El jefe político de guardias rurales, el alcalde de la cárcel municipal, el recaudador de rentas, dormían bajo el cuidado del aparato opresor de la dictadura. El estampido de las balas sería, al despertarlos, nada más que un primer tronar de los cohe-

tes que inauguraban la celebración religiosa. Una sonrisa desperezada plegaría acaso sus labios.

La vanguardia y el grupo de apoyo de los conjurados llegaron hasta el puente, sobre la barranca y se destacaron a toda brida, en tropel rauda, sonoro, dispararon sus carabinas 30-30.

Aquel amanecer del 3 de mayo, Gilberto vio, desde el frente de su casa, cómo entraba a Chiautla, volando sobre ingentes nubes de polvo, esa estampida de insurgentes que iban a jugarse la vida. Sintió el sonido de los cascos al chocar contra el empedrado, se estremeció con el tronido intermitente de las descargas. Los vio pasar como figuras irreales y, en su mente, asoció sonidos a imágenes. Tras la refriega, en las primeras horas de la mañana, Cornelio tomó a su hijo de casi once años y lo condujo a ver el resultado de la insurrección. Miró el reguero de muertos, presencié la persecución enconada y el acoso de los dispersos en aquella región montañosa.

Desde ese día entendió y tomó conciencia de lo que significaba revolucionar: luchar hasta la muerte por aquello que se cree.

Pasadas las cinco de la tarde, Gilberto y su madre llegaron a la ciudad de Puebla de los Ángeles. Capital del estado que portaba ese nombre —según la tradición— por haber estado trazada por alados seres celestiales.

Y cierto era que Gilberto tenía la ilusión de continuar sus estudios. Pero, al llegar a aquella ciudad, sintió temor. Puebla era otra cosa, era otro mundo. Lo atemorizó la majestuosidad del Popocatepetl, que

vigilaba la ciudad desde su cumbre eternamente nevada. Los grandes y coloridos edificios con sus portales alrededor del parque central le parecieron imponentes. También lo intimidó la catedral, que superaba con mucho a la iglesia de San Miguel Arcángel de Chiautla.

Pero si la ciudad se le hizo digna de temer, el Instituto Normalista de Puebla por poco lo obliga al llanto. Con el sol de la tarde filtrando su claroscuro por los verdosos ventanales, en el edificio creyó ver un monstruo al acecho, que tan sólo caer la noche lo engulliría sin que nadie notara su ausencia.

Como no se quiso quedar solo en aquella lobreguez, María de la Paz tuvo que permanecer con él en la ciudad.

Ella estaba decidida a mantener todo su empeño en que Gilberto recibiera la mejor educación. En sus sueños lo veía convertido en un hombre de bien, en un médico o licenciado. Aunque tal vez su vocación fuera distinta, tal vez como decía Cornelio la tierra lo jalaría de regreso a Chiautla. La Villa había sido para ella y sus antepasados el hogar, el lugar de retorno, el que despierta el anhelo al estar lejos, el que alegra la vista y acelera el corazón cuando se sabe que está cerca. No obstante, al conocer a Cornelio, entonces un joven impulsivo que con una mirada y un gesto de la cabeza lo dijo todo, su hogar se mudó con él. Y porque para el corazón no hay grados escolares que aprobar, María de la Paz se empezó a enamorar de Cornelio nada más de sentir la fuerza de su vista sobre ella. Esa misma mirada que había heredado el pequeño Gilberto y que

traspasaba los pensamientos, los sentimientos, las intenciones, y que raras veces le fallaba.

Ya explicaría a su marido que aquel sacrificio sería por un tiempo y por el bien del niño.

7. Viaje a París

Puebla, noviembre de 1906

No habían pasado un par de meses, cuando el joven Gilberto se había habituado a vivir en la casa de su tío Filiberto Quiroz, quien además de aplicarle los exámenes a título de suficiencia para aprobar la primaria, amablemente ofreció darle alojamiento. Los Quiroz eran maestros y se acostumbraron a su presencia inquieta e inquisitiva. Una vez superado el temor de los primeros meses, el instituto fue para Gilberto como un estanque para los peces. Rápidamente hizo amistad con los demás jóvenes y, como los aventajaba en conocimiento —gracias a la perseverante enseñanza de María de la Paz—, esa ventaja le proporcionó un tiempo valioso que él ocupó en la natación y en enseñar a los demás a montar a caballo. Su destreza sobre los animales le crearon una buena fama entre los demás estudiantes.

Gilberto quiso disponer de todo el tiempo posible para pasear a caballo, por lo que encargaba los trabajos manuales de arte o ciencias a algunos compañeros a los que pagaba por su elaboración. Comenzó a ser co-

mún para los habitantes de Puebla ver por las tardes pequeños grupos de estudiantes montados a caballo, de paseo o a trote, por las calles que circundan el parque central o hasta las afueras donde jugar carreras era su mayor pasatiempo.

Una de esas tardes, se le acercó David C. Manjarez, un joven inquieto con quien trabó una estrecha amistad. Se convirtió en compañero ideal para la búsqueda de aventuras que más de una vez los llevó a los límites de la ciudad para colarse en el velódromo, para ver las carreras de caballos o para practicar alguna actividad al aire libre en que desfogar el brío de su juventud. No sabía entonces la importante relación que tendrían a la larga, porque en esos días, eran solamente amigos que compartían los mismos gustos, ideas y, sobre todo, la pasión por los caballos y por la política.

Era de suponerse que, al crecer entre las serranías y sus habitantes, Gilberto viera en la figura de Porfirio Díaz al antiguo caudillo ahora empecinado en mantenerse en la presidencia con el apoyo de su corte, con un ejército poderoso y con los mecanismos del fraude electoral. También —porque era obvio para cualquiera— que contrastara la opulencia y los espectáculos de rico esplendor con la pobreza y la ignorancia de la gente del campo o con la explotación de los obreros.

Como a muchos, esa disparidad lo indignó. Lo indignó, le dolió y le dolería siempre.

Porque bien tenía entendido que la condición humilde no era —como algunos decían con menosprecio— que los pobres eran pobres por flojos y porque querían

serlo. Él sabía que, aunque los llamaran con mote despectivos, poseían una dignidad heredada de los antiguos. No. No eran pobres porque quisieran serlo. ¿Quién querría ser pobre nada más por gusto, nada más porque sí? ¿Quién en su sano juicio desearía ver a sus hijos sufrir de hambre y de enfermedad? Quizá algún cura estaría dispuesto a sufrir la carencia, aunque lo dudaba, porque ni con todo y su voto de pobreza, ni con toda la sobriedad que predicaban, se los veía apartarse de las casas señoriales que les prodigaban su sustento quizá como un modo de paliar el reclamo de sus conciencias.

Gilberto se sentía, a veces, como un espectador entre aquellos mundos y pensaba que de alguna manera se podrían conciliar. Deseaba encontrar la circunstancia que permitiera despejar sus diferencias. Seguiría el consejo de su madre: pensar mucho, pensar todo. Pensar hasta dar con un punto de encuentro, de armonía, entre lo que él percibía como dos realidades buenas y capaces de convivir para beneficiarse una de otra, pero con justicia.

Una tarde, David y él comenzaron a leer antiguas publicaciones del periódico *Regeneración*, que databan de antes de que Porfirio Díaz lo clausurara y enviara a los hermanos Flores Magón al exilio en Estados Unidos. Las ideas de los hermanos les hicieron sentido, sobre todo a Gilberto, que conocía de cerca las carencias de la gente en las zonas rurales y entendía su modo de pensar.

David había nacido en Tochimilco, un lugarcito de cielo azul ubicado en el regazo del Popocatepetl, por

lo que tampoco eran desconocidas para él las estrecheces en que vivían la mayoría de los pobladores de las zonas rurales.

De la coincidencia con las ideas de los Flores Magón pasaron a exponer sus propias ideas. Se sentaban en las tardes en algún resquicio del instituto y durante horas leían y discutían. Otros alumnos se sumaron en número y en propuestas que ellos creían podrían mejorar la situación del campesinado, de los obreros, de los comerciantes.

Con el tiempo, formaron círculos de estudio para analizar los problemas nacionales y los textos del programa del Partido Liberal Mexicano que habían publicado los Flores Magón el año anterior. Sabían que, desde San Luis Missouri, los hermanos habían promovido la huelga de Cananea y la de Río Blanco, la Rebelión de Acayucan y otras insurrecciones en pequeños poblados del norte de México como parte de un plan para extender la revolución por todo el país. Plan que Roosevelt, desde Estados Unidos, y Porfirio Díaz, desde México, persiguieron y reprimieron de manera implacable.

De esos grupos de estudio surgió el Movimiento Estudiantil Maderista del Estado de Puebla.

Pero aquel día de mediados de noviembre dejaron de lado sus inquietudes políticas y se dispusieron, como la mayoría de los poblanos, a acudir al recién inaugurado cinematógrafo de la Sala Pathé, que instaló el señor Toscano en la calle Mercaderes y que proyectaba la película *Un viaje en automóvil de París a Montecarlo en dos horas*. Aquello era todo un acontecimiento que

marcaría la época de Puebla, decían los jóvenes entre ellos.

Ansiosos por el inminente descubrimiento, se apresuraron a presentarse una hora antes.

Al llegar, su enorme sorpresa se podía comparar a la gran fila que doblaba una esquina, y otra y otra. Todas las calles estaban abarrotadas de personas que tuvieron la misma idea. Gilberto hizo seña a sus compañeros y se escabulleron entre la gente hasta llegar a un lugar cercano a la taquilla. No faltaron los empujones a que dan lugar los amontonamientos. Así como una ola de mar se adelanta y se repliega sobre la costa, así la gente se adelantaba y se replegaba a la entrada del cinematógrafo.

Cuando dieron las cinco de la tarde, la taquilla abrió.

Más tardaron en hacer fila, esperar, acomodarse en un asiento que los diez minutos que duró el cortometraje. Pero valió la pena. Nunca habían visto una filmación, sólo las fotografías que se tomaban tras una cámara cubierta con un paño oscuro. Esto era otra cosa. Las personas se movían aprisa y con gesto exagerado en la cara, mientras los títulos narraban la historia dirigida por Georges Méliès que en blanco y negro presentaba al rey Leopoldo II y a su chofer, en una vertiginosa carrera para ganar la apuesta de realizar el viaje en dos horas, mientras a su paso cometían una serie de peripecias que iban desde el atropello de un policía que quedó tendido como un tapete y que al inflarlo, por sugerencia del rey, se les pasó la mano y estalló, hasta que arribaron a Montecarlo, atropellaron

a los peatones, las gradas de espectadores e incluso un quiosco.

El suceso dio de qué hablar durante los diez meses que estuvo en cartelera la película y sólo fue sustituida cuando llegó el estreno de la siguiente proyección.